

305.409
m27m

SHIRLEY MANGINI

LAS MODERNAS DE MADRID

*LAS GRANDES INTELECTUALES
ESPAÑOLAS DE LA VANGUARDIA*

Ediciones Península

Barcelona

o 5197 5043

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta fuera del ámbito de la Unión Europea.

Diseño de la cubierta:
Albert i Jordi Romero.

Primera edición: enero de 2001.

© Shirley Mangini, 2001.

© de esta edición: Ediciones Península s.a.,

Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.

E-MAIL: correu@grup62.com

INTERNET: <http://www.peninsulaedi.com>

Fotocompuesto en Víctor Igual s.l., Còrsega 237, baixos, 08036-Barcelona.

Impreso en Hurope s.l., Lima 3, 08030-Barcelona.

DEPÓSITO LEGAL: B. 48.944-2000.

ISBN: 84-8307-323-4.

CONTENIDO

Agradecimientos

Advertencias

Introducción: Un milenio de Madrid y sus mujeres

I LAS PRECURSORAS Y LA POLÉMICA SOBRE LA EDUCACIÓN DE LA MUJER
EN EL MADRID FINISECULAR

La educación de la mujer en el siglo XIX 34
Las principales precursoras de las modernas 35
Otras precursoras 39
Precursoras de la Generación del 98 47
Las institucionistas 52
72

II MODERNAS Y MISOGINIA

La Residencia de Señoritas 74
El Lyceum Club 80
Feminismo al estilo español 88
Misoginia ante la mujer moderna 92
97

III EL MOVIMIENTO MODERNO DE ENTREGUERRAS

Las modernas modernistas 113
Maruja Mallo, una moderna sin fronteras 116
María Zambrano 118
Rosa Chacel 134
Otras modernas de Madrid 146
160

MODERNAS Y MISOGINIA

La llamada «mujer nueva» emerge por dos razones concretas en la segunda mitad del siglo XIX en Occidente: primera, porque el movimiento feminista tuvo su más fuerte arraigo en Inglaterra y Estados Unidos después de 1850; y segunda, a causa de los avances de la revolución industrial y la incorporación de la mujer al mundo laboral. El dramático cambio—del «ángel del hogar» a contribuyente en la vida socioeconómica—causó cierta alarma entre el patriarcado decimonónico.

Con el advenimiento del siglo XX, y sobre todo a partir de la Primera Guerra Mundial, nace la comúnmente llamada «mujer moderna». La mujer había entrado en las filas proletarias y profesionales, en algunos casos reemplazando a los hombres que estaban en el frente. En Inglaterra, por ejemplo, la mujer burguesa logró una limitada independencia legal y económica. Además, la revolución soviética trajo una opción al matrimonio: el amor libre. Claro que esta alternativa sólo interesaba a una minoría de mujeres por su todavía presente estigma; no obstante, todos estos elementos hicieron que Inglaterra viviera cierta liberación sexual.

La Primera Guerra Mundial avanzó a la mujer en su búsqueda de emancipación, de derechos civiles y del sufragio. Sin embargo, su progreso no duraría porque al terminar la contienda se produjo un notable retroceso. Los gobiernos posbélicos querían orden y repoblación. Eso implicaba la vuelta de la mujer a su papel natural: el de madre y ama de casa. Por ejemplo, durante la República de Weimar en Alemania que siguió a la Primera Guerra Mundial, la mujer moderna había tenido fama de liberal—y libertina en algunos casos—; pero en la violenta época posterior, la mujer se convirtió en una máquina reproductiva para la conquista del mundo planeada por Hitler.¹

1. Sobre la creciente decadencia, la perversión sexual, la violencia y la fluidez de los papeles sexuales en Berlín en la época Weimar, véase Linda Mizejewski, *Divine Decadence: Fascism, Female Spectacle and the Makings of Sally Bowles*. Para un análisis de la misoginia desarrollado por los Freikorps alemanes de la Primera Guerra Mundial y la subsecuente creación del nazismo, véase Klaus Theweleit, *Male Fantasies*.

Como dice Claudia Koonz respecto de este retroceso, «una década de experimentación vanguardista durante el periodo Weimar había asustado a la gente convencional. Las nuevas libertades, que habían estimulado a unos cuantos durante la época *flapper* de los años veinte, trastornó a la mayoría de las mujeres, para quienes las nuevas oportunidades significaban la pérdida de protección [...]. Esperaban que un gobierno autoritario impusiera el orden y la salud sobre la nación y que atara a los padres a las familias».² Este efecto reaccionario que se dio en todos los países posbélicos, en menor o mayor grado, iba a producir toda una serie de debates sobre los atributos intelectuales de la mujer y su importancia biológica; aun en España tendrían su efecto, como veremos más adelante.

El fenómeno de la mujer moderna que irrumpió en el mundo público a principios de siglo, y sobre todo en los años de la guerra y la posguerra, llegó a su plenitud en la década de los veinte, denominados «los años felices» en España y los *Roaring Twenties* en Estados Unidos. Llamada de varios modos—*flapper* en Inglaterra y Norteamérica, *garçonne* en Francia y *maschietta* en Italia—,³ la moderna no lo era sólo por su formación cultural, su vocación profesional y su conciencia política liberal (a veces feminista), sino también porque aplaudía los avances tecnológicos y reflejaba la modernidad en su aspecto físico y su modo de vestir. La moderna pertenecía a la burguesía o a la aristocracia; tenía la oportunidad de educarse, pues a principios de siglo empezó a ser admitida en las universidades y escuelas profesionales en casi todos los países occidentales. En general, el analfabetismo de la mujer descendió y aumentó su nivel de instrucción. Se reemplazó la moda decimonónica⁴ por la moderna: trajes de líneas rectas que no acentuaban las curvas, faldas que enseñaban el tobillo—que, según la periodista María Luz Morales, representaba «la mayor revolución de la moda de posguerra»—,⁵ y el pelo corto, a lo *garçonne*. La corpulencia fue rechazada en favor de la delgadez; era el principio de la preocupación de la mujer por «la línea».

2. Claudio Koonz, *Mothers in the Fatherland: Women, the Family and Nazi Politics*, 12-13. La traducción es mía.

3. No deja de ser interesante que en Francia e Italia se utilizase un término masculino para referirse a la mujer moderna, cuando en los países anglosajones el término empleado hace referencia a un joven pájaro que está aprendiendo a volar.

4. El uso del corsé resaltaba las curvas del cuerpo femenino y evidenciaba sus atributos para la reproducción. El escote revelaba las dotes de la mujer para criar y la larga melena servía para distinguir su cabello del pelo del hombre.

5. María Luz Morales, *La moda: El traje y las costumbres en la mitad del siglo XX*, 279.

De repente las mujeres no parecían «femeninas», tal como las veía el patriarcado. Empezaron a hacer deporte, a imitar a las estrellas de cine en la moda y en la costumbre de fumar, y a salir sin carabina. Si la mujer había sido sólo esposa, madre, hija y hermana, ahora había indicios alarmantes que hacían pensar que la familia estaba en peligro. Descendieron las tasas de natalidad; las parejas se casaban mayores, debido sobre todo a la carencia de productos de consumo y a la enorme subida de los precios.

La liberación sexual no era apreciable en Madrid en los años veinte, con pocas y señaladas excepciones como el «escandaloso» caso de Carmen de Burgos.⁶ Pero el feminismo empezó a ser más sustancial. Como hemos visto en el capítulo I y como señala Amparo Hurtado, se distingue la «cuestión femenina» finisecular, entendida «como la defensa del derecho de las mujeres a tener acceso a la enseñanza» de la misma cuestión a principios del xx, cuando ya se hablaba de la «*emancipación de la mujer* como una exigencia más del progreso y de la modernización de España».⁷ Por muchas razones históricas y si se quiere, antropológicas, en España existieron grandes diferencias en cuanto al desarrollo de la situación profesional de la mujer.

Hemos observado que en el Madrid finisecular hubo varios indicios de importantes cambios pedagógicos para la mujer; sin embargo, los cambios genuinos sólo evolucionaron con lentitud y siempre con trabas y obstáculos. Si bien las mujeres de las clases media y alta estudiaban, las profesiones no abrían sus puertas a ellas más que en casos muy excepcionales. Claro que en el espacio de unos veinticinco años (1915-1936) se dieron bastantes adelantos «milagrosos», a pesar de que en 1939 todo volvería al «orden» anterior a la república, como pasó con la época Weimar.

Si los «iluminados» intelectuales de principios de siglo se opusieron de modo feroz a los cambios de género sexual, y así fue en general, ¿cómo se podía esperar que mujeres que no tenían ningún acceso a la información sociopolítica de aquella época se dieran cuenta del movimiento feminista/pedagógico que iba lentamente desarrollándose en el mundo urbano? Y si se

6. Véase Virginia Maquieira D'Angelo, «Antropología y movimiento de reforma sexual en las primeras décadas del siglo xx: Una redefinición de la ideología patriarcal», en *Actas de las VII Jornadas de Investigaciones Interdisciplinarias: Mujeres y hombres en la formación del Pensamiento Occidental, II*. Aunque la liberación sexual no fuera obvia, Pilar Folguera afirma que se practicaba el aborto clandestinamente en las primeras décadas del siglo con bastante frecuencia. Cf. *Vida cotidiana en Madrid: El primer tercio de siglo a través de las fuentes orales*, 135-137.

7. Amparo Hurtado, «Biografía de una generación: Las escritoras del noventa y ocho», en Iris M. Zavala, ed., *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*, V, 140.

percataban de ello, está claro que en su gran mayoría—como las alemanas—rechazaban el feminismo como algo que amenazaba la estabilidad de la familia.

Para hablar de cómo las mujeres en Madrid—no todas oriundas de la capital—lograron fama y éxito en el primer tercio del siglo, primero es necesario definir a qué pretendo hacer referencia con el término «moderna», concretamente a la moderna que residió y trabajó en Madrid. La mujer moderna que era escritora o artista podía ser vanguardista, o sea, practicante de los *ismos* en vigencia en aquella época, pero no necesariamente lo era. En Madrid, no tenemos el caso de promotoras de las artes y/o artistas adineradas como las de «los círculos sáficos»⁸ que vivieron en París, como Natalie Barney o Gertrude Stein. En Madrid eran mujeres de la burguesía o de clase alta,⁹ generalmente heterosexuales, que lucharon años y a veces de modo independiente por lograr una voz (o estilo) propio dentro o fuera del movimiento vigente. Muchas de las modernas eran feministas o por lo menos tenían nociones sobre la emancipación femenina. Todas eran cultas y tenían una conciencia política liberal, de tradición krausista en su mayoría.

Ángela Ena Bordonada define la literata moderna en la introducción a su antología de novelas breves escritas por mujeres entre 1900-1936 del siguiente modo: «Las escritoras presentadas en esta edición son genuinas representantes de este acceso de la mujer, de clase media y alta, a la sociedad desde una sólida base cultural: enseñanza secundaria—y en algunos casos, superior—, dominio de varios idiomas, afición a viajar, capacidad y aptitud oratoria, desempeño de diversas profesiones, defensa de unos ideales, etc.».¹⁰ Esta descripción es también viable para las modernas del mundo pedagógico y de la esfera política.

La mayoría de las mujeres con profesión intentaba ganar su propio pan, hecho que como dice Consuelo García Flecha la «desclasaba».¹¹ Que la mujer trabajase iba contra las conveniencias sociales y causaba gran efecto en la opinión pública porque levantaba sospechas sobre la situación económica del padre o marido. Para algunos de los mismos profesores y pensadores ins-

8. Así llamados por Magdalena Mora, «La mujer y la *Revista de Occidente*: 1923-1936», 207.

9. Las mujeres de clase humilde, con muy pocas excepciones, no podían ser modernas por su falta de recursos a todos los niveles. Había algunas mujeres de las filas aristocráticas que también caben, por supuesto, dentro de la definición de la moderna.

10. «Introducción» a Ángela Ena Bordonada, ed., *Novelas breves de escritoras españolas (1900-1936)*, 20. 11. En el documental *Las mujeres de la berencia del 98*.

titucionistas que motivaron este ímpetu, el ingreso de las mujeres en el mundo profesional les producía irónicamente «cierta desazón», como dice Soledad Ortega de su propio padre, José Ortega y Gasset.¹²

Es esencial observar cómo esta mujer «desclasada» se movía en el mundo intelectual, dada la falta de precedencias de dicho fenómeno. Como veremos, no era una vida tranquila ya que el escrutinio del patriarcado era constante e implacable. Es preciso por eso indagar en el significado no sólo socioeconómico de esta nueva mujer profesional y moderna, sino también —en la medida en que se puede— en el significado de la percepción, de la conciencia que tenía de sí misma en el ámbito urbano y político madrileño. Asimismo interesa saber si estas nacientes profesionales eran asalariadas o por el contrario trabajan como *free lance*, aunque en pocos casos disponemos de esa información. La cuestión de la supervivencia económica de las modernas es de suma importancia, ya que el nivel de vida afecta sin duda de modo radical en todos los aspectos de la vida y determina en muchos casos el nivel de profesionalidad que ellas podrían haber alcanzado. Ser bohemio funcionaba para los hombres de aquella época, como bien atestigua la vida de Valle-Inclán o Antonio Machado, entre otros muchos; pero no era aceptable jamás para las mujeres si éstas querían tener credibilidad como profesionales. Vivir conforme a las leyes de la burguesía era el único modo mediante el cual la moderna podía ganar el respeto de sus contemporáneos. Como hemos visto, Carmen de Burgos es un ejemplo quintaesencial de la lucha por la libertad económica y ella demuestra en su vida claramente cómo su éxito le proporcionó mayor libertad de pensamiento y un desahogado estilo de vida.

También es fundamental subrayar el hecho de que las modernas eran diferentes porque muchas «vieron mundo». Anteriormente, sólo las mujeres de alta alcurnia habían viajado. No todas aprendían otros idiomas, pero muchas viajaron por España y por otros países de Europa, en algunos casos, gracias a las becas de la Junta para la Ampliación de Estudios, que luego comentaremos. En otros casos, viajaron como corresponsales o por razones políticas. El hecho es que el viajar siempre cambia radicalmente la perspectiva ante nuestro microcosmos; ya hemos visto cómo los viajes repercutieron en la vida de las precursoras Carmen de Burgos y Carmen Baroja.¹³

12. Con una excepción: el gran número de escuelas a partir de 1850, pues la profesión de maestra se consideraba adecuada para la mujer. Era, sin embargo, la profesión peor pagada del país.

13. Dicho sea de paso, su movilidad ayudaría a las modernas a perseverar en el exilio a partir de 1939, exilio al cual casi todas fueron sometidas cuando se impuso la dictadura franquista.

tual. Intenta ofrecer a las muchachas un ambiente sano, favorable a los ideales morales, utilizando para ello la acción de la vida corporativa en un régimen de *prudente libertad*.²² Victoria Kent, la primera residente y una de las mujeres más destacadas de la República, indica que Maeztu había logrado sus metas: «Es un deber poner de relieve el valor inestimable que ha tenido la decisión de María de Maeztu al aceptar la labor que le encomendó la Junta para Ampliación de Estudios de dirigir, en aquellos comienzos de este siglo, una Institución de carácter laico que había de transformar la vida de las muchachas estudiantes, acostumbrándolas al disfrute consciente de una libertad fructífera».²³

En pocos años creció el número de residentes y fue necesario buscar otros locales; también acudió a la ayuda de Maeztu, Rafaela Ortega. A partir de 1928, las alumnas fueron divididas en dos grupos con sendas directoras. Aunque las estudiantes tomaban clases en varios lugares fuera de la Residencia, también se daban clases y se impartían charlas allí mismo. Hasta 1928 Maeztu enseñó casi siempre filosofía y/o pedagogía. María Goyri impartió literatura entre 1916 y 1920. Generalmente profesoras extranjeras estuvieron al cargo de los cursos de francés, alemán, italiano e inglés. Las demás asignaturas estaban en manos de profesores. Sin embargo, entre 1926 y 1928 parece ser que todos los cursos fueron impartidos por mujeres, aunque a partir de 1928 volvieron a darlos otros profesores.

Otra vía de estudio para las residentes era el ciclo de conferencias organizado en la Residencia y las que se celebraban en colaboración con la Residencia de Estudiantes llamadas «Sociedad de Cursos y Conferencias»; también era posible ir a otros centros de estudios para asistir a conferencias siempre y cuando las jóvenes fueran acompañadas. Las residentes organizaron una serie titulada «Las charlas regionales», donde intervinieron ellas mismas. Muchas charlas eran sobre la enseñanza en España y en otros países, especialmente en Estados Unidos dada la influencia del Instituto Internacional. Y a partir de 1925, gracias a la labor de Zenobia Camprubí, algunas residentes consiguieron bolsas de estudio para conocer la filosofía pedagógica en los *colleges* norteamericanos de Smith, Bryn Mawr y Barnard.

Entre las mujeres que servían como modelos femeninos para las residentes estaban Isabel Oyarzábal (de Palencia), María Lejárraga (Martínez Sierra) y, por supuesto, Maeztu. En el año 1925, Gabriela Mistral pronun-

22. Citado por Carmen de Zulueta, *op. cit.*, 127.

23. Citado por Antonina Rodrigo, *Mujeres de España: Las silenciadas*, 132.

ció varias conferencias en la Resi.²⁴ Matilde Huici, compañera de Kent en Derecho, discurrió en 1927. La escritora argentina Victoria Ocampo habló de Harlem en el curso 1931-1932 e intervino también en 1934-1935. Concha Méndez leyó allí algunos de sus poemas; las parlamentarias Kent y Campoamor dieron conferencias entre 1932 y 1933. Otras extranjeras de fama internacional dieron charlas en la Resi en el curso de 1933-1934 como la pedagoga italiana Maria Montessori y la Premio Nobel de Ciencias, Madame Curie, que ejerció una gran influencia en las mujeres que estudiaban ciencias, según Carmen Gómez Escolar.²⁵

Al final de los años veinte y principios de los treinta, la vanguardia literaria masculina invadió la Resi; en ella dieron charlas Gómez de la Serna, Alberti, Bergamín, Ortega, Salinas y García Lorca. Se organizaron visitas al Prado y otros museos. Las residentes hacían excursiones a la sierra para practicar el alpinismo y el esquí, a veces acompañadas por los chicos de la Residencia de Estudiantes. A pesar de que el deporte y la presencia de hombres inquietaba a los padres, Castillejo estaba convencido de su importancia: «Los deportes siguen siendo un medio eficazísimo, no sólo de cultivar la salud, la agilidad y la fuerza, sino de mantener el ambiente moral, crear fuertes vínculos de vida corporativa y desarrollar a un tiempo la iniciativa personal y la disciplina espontáneamente aceptada».²⁶ Se organizaron otras excursiones por las cercanías, a El Pardo, La Moncloa o la Sierra de Guadarrama. También se realizó una excursión a Andalucía, y Zulueta menciona un viaje a Marruecos. Pero el viaje más exótico fue la excursión arqueológica organizada por Manuel García Morente, profesor de Letras en la Uni-

24. Según Morla Lynch, Maeztu y Mistral eran íntimas amigas. Morla Lynch se refiere a la efervescente y opinada Maeztu y a la polémica relación que mantenía con su amiga en los siguientes términos: «Gabriela es pausada, tranquila, de una serenidad austera, seca y severa, que infunde respeto al tiempo que arrendamiento. Tiene la reciedumbre del granito». María es, según Morla Lynch, «lista y avispa, de una vivacidad y rapidez asombrosas. Diríase que anduviera sobre patines de ruedas. Expresa en un minuto—con una facundia prodigiosa—lo que Gabriela—con su calma reflexiva—tarda un cuarto de hora en formular». Carlos Morla Lynch, *En España con Federico García Lorca (Páginas de un diario íntimo, 1928-1936)*, 420.

25. Cf. en el documental *Las mujeres de la herencia del 98*. De las treinta y seis mujeres matriculadas en el doctorado en Física y Química, sólo lo terminó Dorotea Barnés, hija del Profesor Barnés, director del Instituto Escuela. Mme. Curie había venido a presidir la segunda reunión del Comité de Artes y Letras del Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones en 1933. Entre los participantes españoles estaban Madariaga, García Morente, Ortega, Unamuno y, entre los extranjeros, el poeta Paul Valéry y el novelista Jules Romains.

26. En «Memoria» de la Residencia, citada en Carmen de Zulueta, *op. cit.*, 65.

versidad Central, a Tánger, Egipto y Creta principalmente. Ciento treinta y ocho personas, (entre las que se contaban Soledad Ortega e Isabel García Lorca) estudiantes y profesores, cruzaron el Mediterráneo a bordo de El Filo de Cádiz.²⁷

En los años treinta las mujeres vivieron muchos cambios en Madrid, algunas más intensamente que otras. Por ejemplo, en 1930, una residente, Carmen de Munárriz, describe en un artículo más bien frívolo las transformaciones de estas señoritas provincianas en mujeres urbanas: «A veces viene, de algún pueblo olvidado, una muchacha con mono, cejas pobladas y vestido pasado por la censura. Al cabo de algún tiempo notamos algo nuevo en ella, está mejorada, le descubrimos atractivos insospechados [...] se ha sacrificado la largura de la falda y el mono en el altar de la moda. Siguió la adquisición de un colorete [...] y el Rimmel [...]. Al volver a su pueblo está desconocida».²⁸ Cabe pensar, sin embargo, que el cambio no se ceñía a una variación de vestuario, sino también a un aumento de su sofisticación mundana.

A pesar de los cambios sociopolíticos generales de los años treinta, especialmente para la mujer, no se aflojó la severidad de las reglas en la Resi durante la República si hacemos caso a las palabras de la catedrática Aurora Arnaiz. Arnaiz residió en ella durante sus estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid en 1934. Hija de un conocido político vasco—Francisco Arnaiz, el fundador de la Casa del Pueblo en Vizcaya—Aurora fue cofundadora de la Federación de Estudiantes en Vizcaya, activista de la Juventud Socialista Universitaria clandestina durante el Bienio Negro en Madrid y miembro del Comité Nacional de Mujeres Antifascistas.²⁹ Contrario a los padres que temían por la honestidad de sus hijas en Madrid, el padre de Arnaiz estipuló que su hija sólo iría a vivir a la Resi «siempre y cuando se le permitiera llegar a la hora que fuera, después de asistir a las reuniones de las Juventudes Socialistas. [...] Y doña María de Maeztu accedió como una excepción, porque el reglamento lo aplicaba con mucho cui-

27. Según Soledad Ortega en el documental *Las mujeres de la herencia del 98*.

28. Carmen de Munárriz, «La Residencia de Señoritas en la intimidad».

29. Arnaiz—cuyo nombre en la clandestinidad era Luisa Julián—se casó con el militante José Cazorla y tuvieron un hijo; muerto éste y asesinado Cazorla por los franquistas, Arnaiz huyó a París y luego a México en 1939, donde vivió en casa de Constanza de la Mora y mantuvo una larga amistad con Margarita Nelken. Terminó sus estudios de leyes y fue profesora de Derecho en la Universidad Autónoma de México hasta su jubilación. Véase Aurora Arnaiz, *Retrato hablado de Luisa Julián: Memorias de una guerra*.

dado: pasadas las nueve de la noche, quien no estuviera dentro se quedaba fuera». ³⁰ También Arnaiz menciona que estaba vedado fumar en la Resi y que cuando fumaban «a escondidas de doña María Maeztu [...] en las habitaciones de la Residencia, reunido por la noche en alguna habitación algún pequeño grupo [fumaba] con la ventana abierta, para que se fuera el olor». ³¹

El Instituto Internacional fue un vínculo cultural importantísimo para la Residencia de Señoritas. Ésta compartía una biblioteca con el Instituto, una biblioteca respetable que contenía 14.000 volúmenes en 1929. Ambos centros poseían en común la misma meta: la educación de las mujeres. Inspirada en el proselitismo anglicano y en un feminismo que defendía la educación de la mujer, la primera semilla del Instituto llegó a Santander en 1872, llevada por el matrimonio de misioneros norteamericanos los señores Gluck. Alice Gluck, graduada de la Universidad de Mt. Holyoke, estableció en su casa una pequeña escuela de mujeres ya en 1877. Al trasladarse a San Sebastián en 1881, fundó junto a su marido el Colegio Norteamericano. En 1892 establecieron desde Estados Unidos una corporación, The International Institute for Girls in Spain, que apoyó económicamente a Alice Gluck para que pudiera crear una residencia para mujeres en España. Gracias a su amistad con Gumersindo Azcárate, uno de los activistas más importantes de la ILE, Gluck adquirió el vínculo esencial que permitiría que sus estudiantes cursaran el bachillerato en Letras por libre en la Universidad Central de Madrid. Aunque a causa de la guerra de 1898 el gobierno español desmanteló la empresa americana, la Corporación no se dio por vencida. En 1901 los Gluck compraron dos parcelas, la de Miguel Ángel 8 en Madrid—donde continúa el Instituto Internacional—y la que es hoy día la Fundación Ortega y Gasset en Fortuny 5. (La ILE estaba cerca, en la calle actualmente llamada Martínez Campos.)

Alice Gluck murió en 1903 antes de ver sus sueños hechos realidad, su «Mt. Holyoke en España», pero su labor siguió adelante. En 1910, casi terminado el Memorial Hall de Miguel Ángel 8, llegó la norteamericana Susan Huntington a la dirección del Instituto. Huntington insistió con astucia en que el Instituto fuera una fundación «cristiana» y no protestante, de este modo no se alienaba a los padres de posibles estudiantes españolas. Se acercó a Castillejo y a la Junta y también a la Residencia de Estudiantes, y más tarde al Instituto Escuela (especialmente al Grupo de Niñas, de seis a dieciséis años), consolidando

30. *Ibid.*, 93.

31. *Ibid.*, 143.

así los esfuerzos de unos centros pedagógicos-culturales para la educación de la mujer que estaban fuera del alcance de la Iglesia Católica.

En fin, las oportunidades que gozaron las mujeres que vivieron en la Residencia de Señoritas entre 1915-1936 fueron definitivas para su formación como mujeres y como intelectuales. Las residentes no sólo recibieron una cultura sólida y moderna, sino que también tuvieron la oportunidad de estudiar y convivir con excelentes profesores españoles y extranjeros, algo entonces muy poco habitual en España. Algunas de ellas, como la primera alumna, Victoria Kent, llegaron a las altas esferas políticas durante la República. Otras se casaron y no ejercieron sus profesiones, pero todas en general pudieron demostrarse a sí mismas y al pueblo español que la mujer era capaz de cualquier cosa, a pesar de las barreras que quiso imponer el patriarcado. ³²

María de Maeztu es una figura singular en la historia de la mujer en España, concretamente en Madrid. Como dice Carmen de Zulueta, «fue María la persona que tuvo mayor influencia en la formación de la nueva mujer española. Existían casos aislados de mujeres profesionales, independientes, pero María formó toda una generación que, dentro de España o en el exilio, hizo posible la “liberación” de la mujer española». ³³ Desdeñada por su desafortunada simpatía hacia el franquismo después, en la actualidad y gracias sobre todo a la labor de Zulueta podemos apreciar su inmensa contribución a la educación y a la concienciación de las mujeres en Madrid en una época de grandes cambios sociopolíticos.

Además de las becas que Zenobia Camprubí y Maeztu consiguieron a través de la Resi, la Junta proporcionó becas tanto a mujeres como a hombres para estudiar en el extranjero. En los archivos de la Junta nos encontramos con que fueron muchas las que solicitaron becas, pero sólo unas cuantas las recibieron. Entre las becarias que se distinguieron en la esfera pública en los años veinte y treinta destacan: Dorotea Barnés, las abogadas Francisca Bohigas y Matilde Huici, María del Pilar Oñate, profesora de la Resi y autora del insólito libro, *El feminismo en la literatura española* (1938), Carmen de Burgos, María de Maeztu, las institucionistas Ángela Pestaña, Margarita Ucelay y Matilde Ucelay. Curiosamente, las solicitudes de algunas de las mujeres más conocidas del mundo cultural fueron denegadas: María de

32. En 1936 los edificios fueron requisados por los militares republicanos y en 1939 la Residencia de Señoritas se convirtió en una residencia femenina del Régimen franquista, borrándose así el espíritu institucionista y feminista de la Resi para siempre.

33. Carmen de Zulueta, *op. cit.*, 254.

Echarri, María Goyri, Regina Lamo de O'Neill, Magda Donato y su hermana Margarita Nelken, Concha Méndez y María Teresa León.³⁴ Las que tuvieron la suerte de ganar la beca, regresaron con nuevas perspectivas al «ver mundo» más allá de la península ibérica.

EL LYCEUM CLUB

Las mujeres que no se formaron en la Residencia de Señoritas tuvieron otros foros para cultivar sus intereses extrahogareños. Su participación en las tertulias caseras, en el Ateneo, la Sociedad de Cursos y Conferencias y el Cineclub Español³⁵ de la Residencia de Estudiantes y especialmente en el Lyceum Club fue esencial para su formación. La expansión intelectual, creadora y política de las modernas que vivían en Madrid se debía de alguna forma a ese ambiente librepensador de los institucionistas finiseculares que habían fundado organizaciones y creado foros femeninos. Éste es especialmente el caso de las que no pudieron estudiar en la universidad y eran autodidactas, como Concha Méndez, por ejemplo.

El Lyceum Club en Madrid se inspiró en los Lyceum fundados años antes en Londres, París y otras capitales. Como se vieron obligados a seguir los estatutos internacionales, el Lyceum Club incluía las secciones de Literatura, Ciencias, Artes Plásticas e Industriales, así como las secciones: Social, Música e Internacional. Según Amparo Hurtado, «un centenar de mujeres, entre las que se hallaban las recién mencionadas [Isabel Oyarzábal, Natividad González, Magda Donato, periodista y dramaturga, Carmen Juan, del Instituto Escuela, y la ex actriz Josefina Blanco] decidieron unirse y fundar en Madrid un club de tipo británico, un centro cultural a modo de plataforma pública de la emancipación femenina».³⁶ Carmen Baroja explica su papel en el Lyceum: «Por entonces [1926] veníamos reuniéndonos unas cuantas mujeres con la idea, ya muy antigua en nosotras,

34. Como Alberti había conseguido una beca de la Junta, se pensaba que María iría con él, cosa que en efecto hizo. Las solicitudes de las becas de la Junta se encuentran en la biblioteca de la Residencia de Estudiantes en Madrid.

35. Buñuel fundó un ciclo de cine en la Sociedad de Cursos y Conferencias en 1927; tuvo tanto éxito que en 1928 fundó el Cineclub, que duró hasta 1931. Entre los primeros socios estaban Rosa Chacel y Maruja Mallo que, como veremos, reflejan la importancia de la «séptima musa» en sus obras. Véase Román Gubern, *El proveedor de luna*, Caps. 9 y 10.

36. En Carmen Baroja, *Recuerdos de una mujer de la Generación del 98*, 26-27.

de formar un club de señoras. Esta idea resultaba un poco exótica en Madrid y la mayoría de las que la teníamos era por haber estado en Londres, donde eran, y supongo que siguen siendo, tan abundantes. La que presidía nuestras reuniones era María de Maeztu, que además había puesto a nuestra disposición los salones de la Residencia de Señoritas norteamericanas de la calle de Miguel Ángel. Las reuniones iban siendo cada vez más numerosas y allí nos juntábamos todas o casi todas las mujeres que en Madrid habían hecho algo y que por ellas o por sus maridos tenían una representación».³⁷

Por ser la gran figura del movimiento feminista en Madrid, por sus capacidades de liderazgo y porque proporcionaba un espacio para las reuniones, Maeztu era la mujer más indicada para ser presidenta. Una de las vicepresidentas era Isabel [familiarmente llamada Ella] Oyarzábal, destacada escritora y futura primera diplomática española. Oyarzábal explica la razón por la cual se había fundado el Lyceum: «Es ajena a toda tendencia política o religiosa. Hace tiempo que queríamos tener una casa donde poder reunirnos y traer a nuestras amigas, señoras extranjeras. [...] Trataremos de fomentar en la mujer el espíritu colectivo, facilitando el intercambio de ideas y encauzando las actividades que redunden en su beneficio; aunaremos todas las iniciativas y manifestaciones de índole artística, social, literaria, científica, orientadas en bien de la colectividad».³⁸

Victoria Kent ocupaba la vicepresidencia junto a Isabel Oyarzábal y actuó como secretaria Zenobia Camprubí (seguida de la poeta Ernestina de Champourcin); como vicesecretaria, la profesora norteamericana Helen Phipps y como tesorera, Amalia Galárraga, esposa de José María de Salaverría. Se instalaron, gracias al esfuerzo de Carmen Gallardo, en la llamada «Casa de las Siete Chimeneas» en la calle Infantas 31. Y de la decoración se encargaron las socias Pilar Zubiaurre, Mabel Rick, Trudy Graa, María Martos (de Baeza) y Pura Maortua (de Ucelay), que trabajó más tarde con los grupos de teatro La Anfistora y La Barraca. Carmen Monné (de Baroja), Aurora Lanzarote, Eulalia Lapresta, la secretaria de la Resi, y una tal miss Baker estuvieron al cargo de

37. *Ibid.*, 89. Las que eran famosas gracias a sus maridos eran llamadas «las maridas de sus maridos».

38. Publicado en *La Esfera* y citado por Antonina Rodrigo, *op. cit.*, 134. Además, como señala Amparo Hurtado, es la primera organización femenina democrática: las mujeres no tenían que ser de la clase alta, sino que tenían que haber demostrado su compromiso con la cultura o la sociedad. Todas habían escrito o creado algo, o habían hecho algo por el bien público. Conversación con Amparo Hurtado en Barcelona, 17/2/00.

las finanzas.³⁹ Otras destacadas mujeres que frecuentaron el Lyceum fueron: María Goyri, la malograda Hildegart Rodríguez, las escritoras María Lejárraga, María Teresa León, Concha Méndez, Carmen Conde y Elena Fortún (Encarnación Aragoneses Urquijo), de las cuales hablaremos más adelante.

En los salones del Lyceum plantaron las semillas de polémicas importantes y «peligrosas» para la sociedad española. Según Hurtado, «en la sección social se concentraron los debates sobre las leyes injustas para la mujer, y más adelante, se comenzó a discutir el sufragio femenino». Hurtado incluso sugiere que el debate por el sufragio femenino empezó entre Kent y Campoamor allí mismo.⁴⁰ Se estableció la Casa de Niños, dirigida por Rosario Lacy, «la primera licenciada en medicina», y se creó una biblioteca.⁴¹

El Lyceum proporcionó a las mujeres que aspiraban a cultivarse un lugar para realizar sus metas. Desde una perspectiva pragmática, Carmen Martín Gaité señala que era un lugar «donde muchas madrileñas de la burguesía ilustrada (generalmente casadas y ya no tan jóvenes) encontraron un respiro a sus agobios familiares y una ventana abierta para rebasar el ámbito de lo doméstico». Y lo llama «un paraíso para madres cansadas». Por otra parte, como también comenta Martín Gaité, Elena Fortún se realizó como escritora de libros infantiles gracias al contacto con el Lyceum y a la amistad que mantuvo con María Lejárraga. Y para las socias jóvenes, el Lyceum sería un lugar que les ayudaría a comprobar su mérito a través de los tratos que hacían. Dice Concha Méndez de su experiencia allí: «Todas estas personas que empezaba a encontrar, me abrían las puertas a una realidad que favorecía mi espíritu; de un solo salto entraba al medio artístico de mi tiempo: al mundo de los libros, a las referencias a los poetas antiguos que yo no había podido leer».⁴²

El Lyceum Club era blanco de muchas calumnias y de algunos artículos periodísticos de pura histeria, que hoy día nos resultan divertidos pero que para el Club entonces representaban grandes problemas. Las mujeres que solían asistir a él eran llamadas desde «criminales» hasta «liceómanas, desde ateas hasta desertoras del hogar». En parte por eso, Maeztu daba la bienvenida a las señoras casadas respetables, según Martín Gaité.⁴³ Antonina Rodrigo comenta que corría un escrito de un religioso anónimo donde se calificaba al Lyceum de «casino “con todo”, en donde la mujer perdía el sentido

de la propia dignidad. Se tildaba de “verdadera calamidad para el hogar y enemigo natural de la familia, y en primer lugar del marido, cuya autoridad se invoca para poner coto a tantos males”». Si para sus mujeres miembros el Lyceum era un apasionante hervidero cultural y para otras, un refugio, para los poderes patriarcales y eclesiásticos era un nido de subversivas. Caro Baroja dice lo siguiente sobre este tema: «Pronto comenzó a formarse una leyenda en torno, una leyenda desfavorable y fomentada por las gentes de derecha. Las ordinariaces, los sarcasmos, las calumnias, cayeron sobre el modesto club, donde unas mujeres pretendían entretenerse de modo amigable e inteligente. Gran crimen. Se las pintó como a unas sufragistas ridículas o anglómanas, como ateas, enemigas de la familia cristiana, etc.».⁴⁴

Había hombres que se negaron a entrar en semejante antro femenino, como Benavente quien se negó a pronunciar una conferencia «a tontas y a locas»; pero otros hombres como García Lorca, Ricardo Baeza, Unamuno y Benjamín Jarnés sí lo hicieron. Alberti dio la charla más sonada en noviembre de 1929 titulada «Palomita y galápago: No más artríticos». Vestido de payaso y acompañado por una paloma, una tortuga y un galápago, digamos que el poeta no gustó en general por su «demasiado vanguardismo». En su charla socarrona, Alberti atacó a los miembros más importantes de la Generación del 98, a Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Eugenio D'Ors, Martínez Sierra y Machado; aun Ortega fue objeto de su burla. En medio de su espectáculo, casi todas las mujeres presentes en el acto abandonaron la sala con la excepción de Pilar de Zubiaurre, Ernestina de Champourcin, Pepita Pla, Maruja Mallo, Concha Méndez y pocas más; es decir, sobre todo la generación joven, las «vanguardistas», no se ofendieron. Champourcin escribió que Alberti había «asesinado» a las vacas sagradas de la literatura española; en el mismo artículo, la joven poeta aplaudió su herejía y amonestó a los que sin cortesía ninguna, salieron horrorizados del recinto.⁴⁵

Aunque enmascarado en el puro vanguardismo revolucionario, parece ser que la intención de Alberti era más bien desconcertar a las socias del Lyceum y fragmentar al grupo como así declaró el mismo poeta: «Mis propósitos eran los siguientes: comprobar la últimamente cacareada inteligencia del bello sexo, su buena educación, su juventud, su valentía [...] llevar un poco de animación a la Casa de Venus [...] estudiar el espanto que produce

39. Según Hurtado en Carmen Baroja, *op. cit.*, 28. 40. *Ibid.*, 29. 41. *Ibid.*

42. Prólogo de Carmen Martín Gaité a Elena Fortún, *Celia. Lo que dice*, 16-17.

43. Altolaguirre y Méndez, *Memorias habladas, memorias armadas*, 50.

44. Prólogo de Carmen Martín Gaité a Elena Fortún, *op. cit.*, 19.

45. Antonina Rodrigo, *op. cit.*, 136. 46. Julio Caro Baroja, *Los Baroja*, 69.

47. Ernestina de Champourcin, *La Gaceta Literaria*. Citado por Manuel Bayo, *Sobre Alberti*, 181-193.

en el alma misteriosa de la mujer la pedagógica amenaza de solar una rata recién cogida por mí en una cloaca o letrina».⁴⁸ Alberti deja entrever cierto desprecio, cierto temor a verse amenazado por las mujeres que se habían atrevido a asociarse. Dice de él una norteamericana que presenció las travesuras del poeta: «Era un joven atractivo, desdeñoso con las mujeres a quienes iba a leer sus poemas».⁴⁹ Como comenta el crítico Brian Morris: «Tampoco le podría extrañar a Alberti el choque que produjo en algunas señoras, socias del Lyceum Club, la conferencia [...]. Con una agresividad calculada para ofender los escrúpulos de cualquier señora respetable, Alberti puso en práctica su fórmula de «merde-madame» en un local de buen gusto femenino».⁵⁰

El Lyceum, que para muchos era un lugar frívolo donde se reunían «mujeres elegantes» que llevaban «perfumes leves»⁵¹ desempeñó una importante función en aquellos años, como hemos visto por los testimonios y las conferencias y actividades que organizaron. Esas mujeres eran valientes por enfrentarse al patriarcado y a la Iglesia que quisieron desanimarlas de tener *a room of one's own*, en este caso, toda una casa. Leemos en el libro de otro norteamericano que pasó por el Lyceum: «En el Club de mujeres de Madrid—que se lleva a cabo a pesar de la desaprobación de la Corona y la Iglesia—vi, conocí y oí a más mujeres archilistas de las que había conocido en cualquier otro lugar».⁵²

FEMINISMO AL ESTILO ESPAÑOL

Sería preciso analizar el feminismo o su falta en las modernas. Por supuesto que este término sumamente resbaladizo hoy día se revela aún más equívoco si nos situamos en las primeras décadas del siglo xx. Simplificando mucho, creo que al hablar de la conciencia feminista de aquella época, estamos hablando de un reconocimiento de la opresiva situación de la mujer a causa de la falta de educación y recursos económicos, y de su posición secundaria en relación con el patriarcado. Las modernas que eran conscientes de semejante circunstancia y que buscaban reformar la sociedad española para mejorar la situación de la mujer eran feministas en mayor o menor grado.

Pero, ¿cómo era el feminismo en España a principios de siglo? Gerald-

48. Citado por Manuel Bayo, *ibid.*, 186.

49. Jenny Ballou, *Spanish Prelude*, 108. La traducción es mía.

50. Brian Morris, «Introducción» a Rafael Alberti, *Sobre los ángeles*, 33.

51. Artículo aparecido en *La Gaceta Literaria* y citado por Brian Morris, *ibid.*, 33.

52. Henry Albert Phillips, *Meet the Spaniards*, 84. La traducción es mía.

ne Scanlon, cuyo libro sobre este tema sigue siendo el más comprensivo hasta ahora, afirma que no existió un movimiento coherente como en Estados Unidos, pero que el tema feminista surgía una y otra vez en la prensa y en los foros intelectuales. Sin embargo, me parece de suma importancia la semántica del término empleado pues es de notar que en España fue frecuentemente denominado «el problema feminista» en lugar de cuestión o tema feminista. Aquí es donde se refleja que no se lo consideraba un movimiento positivo para la emancipación de la mujer, sino algo que estorbaba y desequilibraba a la sociedad española.

Por supuesto el feminismo iba en contra de todas las premisas patriarcales, religiosas, sociales y políticas. Entre otras cosas, la pérdida de las últimas colonias en 1898 y el malestar de algunos intelectuales (como Unamuno) ante la neutralidad del país durante la Primera Guerra Mundial intensificaron la sensación de que era necesario proteger «la virilidad» del hombre, concepto que, según ellos, el feminismo ponía en peligro. No es extraño, entonces, que el feminismo apareciera como un problema, y no como una solución. Con la independencia de la mujer, la fuerza patriarcal del hombre quedaría notablemente disminuida y se destruiría la rígida estructura binaria hombre-ser público, mujer-ente exclusivamente privado.

Había actitudes feministas entre las precursoras, como ya se ha visto en Concepción Arenal, Pardo Bazán y Gimeno de Flaquer, seguidas por Carmen de Burgos en la primera década del siglo y varias otras al final de la primera gran guerra. Pero dicha actitud no se correspondía con el feminismo anglosajón cuya principal reivindicación era el voto femenino. En España, a causa del general analfabetismo entre las mujeres, se decidió que antes que nada era preciso educarlas para que fueran capaces de emanciparse. Es decir, era un feminismo de base, cuya primera y más esencial meta era según la burguesía un imprescindible movimiento pedagógico masivo para las mujeres españolas. De modo que no había cambiado sustancialmente la cuestión de la mujer desde que Pardo Bazán y Arenal la plantearon en sus escritos en la segunda mitad del siglo xix. Hacia los años veinte siguió siendo de gran preocupación la educación, aunque también los derechos civiles, la profesionalización de la mujer y el sufragio empezaron a surgir como cuestiones intrínsecas del feminismo español.

El libro *La mujer moderna* de Gregorio Martínez Sierra,⁵³ publicado en

53. Como se comentará más adelante, María Lejárraga escribía las obras que luego firmaba su marido, Gregorio Martínez Sierra. Parece ser que Gregorio se limitaba a retocarlas, aun-

1920, nos aporta muestras de las opiniones de algunas de las mujeres más destacadas del Madrid de entonces. Lejárraga, que escribió el libro desde el punto de vista de un hombre, comenta que será el hombre quien impondrá el feminismo en España: «El feminismo triunfa gloriosamente fuera de España, donde las mujeres lo han reclamado como derecho y los hombres lo van otorgando como justicia. En España no triunfará, sino que se impondrá como deber a las mujeres, sin que ellas se levanten a pedirlo, por llamamiento de los hombres, convencidos de que han menester su ayuda para salvar a España».⁵⁴ María-Gregorio parece hablar de otro país que no sea el suyo. Si se refiere a los esfuerzos minoritarios de la ILE para educar a la mujer, en algo tiene razón. Pero como veremos más adelante, el feminismo era anatema para el patriarcado español.

La pregunta esencial de *La mujer moderna*, «¿Cree usted que en realidad existe oposición esencial entre feminidad y feminismo, entendiendo por feminismo la igualdad de la mujer y el hombre en derechos civiles y políticos, y, por lo tanto, la facultad de intervenir efectiva y directamente en la vida de la nación?»⁵⁵ la pregunta no sólo confunde porque no se concreta a qué se quiere hacer referencia con el término «feminidad», sino porque contrapone feminidad a feminismo, pues se produce una especie de anulación o contaminación de términos. Ambos podrían ser sumamente negativos según los escritos de aquellos años; por ejemplo, el feminismo es cosa de marimachos, mientras que la feminidad es debilidad y sumisión.⁵⁶

Quizá la respuesta más inteligente entre los testimonios de hombres y mujeres que se recogen en el libro sea la de Blanca de los Ríos, una novelista muy conocida en su época. Aunque no era feminista, la ilustre ateísta recurre a las palabras de su amiga Pardo Bazán:

54. Gregorio Martínez Sierra, *La mujer moderna*, 13. 55. *Ibíd.*

56. Aquí la cuestión de la autoría del libro presenta numerosos problemas. María no quería alienar a los hombres en sus escritos; de hecho las respuestas provienen mayoritariamente de hombres. Además, quería mostrar el interés de un hombre, Gregorio, por el tema feminista. Sobre la vida de María Lejárraga, véase Antonina Rodrigo, *María Lejárraga: Una mujer en la sombra*. Sobre la cuestión de la voz paternalista de sus obras, véase la introducción de Alda Blanco a María Martínez Sierra, *Una mujer por caminos de España*.

que hay quien cree que su colaboración en las obras de María fue nimia. Matilde Ucelay, amiga del matrimonio, comentó en el documental *Las mujeres de la herencia del 98* que «Gregorio no hacía nada; lo hizo todo María».

A mi parecer, el problema del feminismo, en realidad, no debiera existir, entendido como contraposición entre feminismo y antifeminismo, porque, como acaba de decir mi insigne amiga la condesa de Pardo Bazán, «no hay mujeres ni hombres ante la ley [...] sino Humanidad tan sólo» [...]. El concepto de la inferioridad intelectual de nuestro sexo, único fundamento o fórmula tácitamente convenida por los hombres y pasiva o indiferentemente aceptada por las mujeres, para mantenernos por largos siglos en minoridad moral y como al margen de la vida, no fue nunca cierto, ni es ya, en modo alguno, sostenible. Toda la Historia atestigua de la no inferioridad mental de la mujer respecto al hombre. Toda la Historia demuestra que la mujer, dotada de un alma hecha tan a semejanza de Dios como la del hombre, fue, por lo tanto, siempre igual al hombre espiritualmente; tuvo idénticas facultades mentales y afectivas, idénticas potencias del espíritu; y para mostrarse igual al hombre en el actuar humano de ese espíritu, para traducir en altas acciones o en obras del entendimiento su espiritualidad, sólo necesitó siempre una cosa: *ocasión en que manifestarse*.⁵⁷

El «problema» del feminismo es, como señala de los Ríos, en otro momento, «tan debatido asunto»⁵⁸ a fines de la primera década. Dos importantes libros que contribuyeron al debate son el de Margarita Nelken (1898-1976), *La condición social de la mujer* (¿1921?), y el de Carmen de Burgos, *La mujer moderna y sus derechos* (1927). Nelken, escritora, política, congresista y feminista, era muy joven cuando escribió este sorprendente libro sobre la cuestión de la mujer en España. En la introducción del libro, empieza aplaudiendo a la situación del feminismo español que según ella «está en el aire»: «[...] aquí en España, el feminismo es recientísimo: ha nacido, hace apenas unos años, bajo la presión, no de la lucha feminista de otros países, sino del éxito de esta lucha. Es el reflejo de un resultado».⁵⁹ Comentando que las mujeres españolas rechazan el feminismo por temor a quedarse desamparadas, cree que el feminismo español es «puramente económico» y además es «cosa de trabajadoras, de la clase media y de la clase obrera».⁶⁰ Nelken considera necesario el feminismo en España para la supervivencia y la introducción de la mujer al trabajo. Al contrario de las literatas que en su gran mayoría no hablan a las masas femeninas, Nelken es socialista y ve el feminismo como un instrumento poderoso para la reivindicación de toda mujer española. El propósito del libro es señalar y denunciar las condiciones desoladoras en que vive la población femenina, sobre todo, la trabajadora. *La condición social de la mujer* es la más lúcida defensa de la mujer en la España de su

57. Gregorio Martínez Sierra, *op. cit.*, 168-169. 58. *Ibíd.*, 167.

59. Margarita Nelken, *La condición social de la mujer*, 10. 60. *Ibíd.*, 14-15.

tiempo. De la vida de Nelken y de sus otros escritos se hablará más adelante.

Existía otro feminismo en España (si se le puede llamar así), el feminismo católico y conservador que continuó más bien la línea trazada por Gimeno de Flaquer para quien en 1903 las feministas eran '«adalides del altruismo, campeones del oprimido, heraldos de la justicia, paladines de la moral, redentoristas»'.⁶¹ Es decir, un feminismo que creía en la falacia decimonónica de que, dado que las mujeres reúnen más virtudes que los hombres, son ellas las que pueden salvar el mundo. Éste es el caso, por ejemplo, de Consuelo García Ramos, que usaba el *nom de plume* Celsia Regis. Mujer aventurera y enérgica que trabajó como enfermera en África en 1911 y que publicó un libro insólito sobre su experiencia, *La mujer española en la campaña de Kert*, Regis fundó la revista *La Voz de la Mujer* en 1917. También creó varias organizaciones femeninas conservadoras: la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME) en 1918, la Federación Internacional Feminista en 1919, La Unión del Feminismo Español y en 1925 la Casa de la Mujer. En 1927 llegó a ser concejala del Ayuntamiento de Madrid en el gobierno de Primo de Rivera.⁶²

En el primer número de *La Voz de la Mujer* de mayo de 1917, Celsia Regis explica su propósito: «Formar ambiente favorable a las iniciativas de toda española que pueda contribuir a mejorar nuestra clase». La revista, como órgano de la Unión del Feminismo Español desde 1925, reúne ideología feminista conservadora e información sobre el hogar: reportajes sobre el movimiento feminista en el extranjero y la trata de blancas, ensayos sobre Concepción Arenal y Marie Curie, estudios sobre religiosas famosas, artículos sobre la moda y diatribas sobre el cultivo de plantas comestibles, el precio de los alimentos y recetas caseras. Si bien publicaba Regis artículos del periódico liberal *La Libertad*, como el que aplaude los esfuerzos del liberal Jiménez de Asúa por su campaña contra el artículo 438 (el derecho del marido a matar a la esposa adúltera), también publicaba artículos antifeministas, como el que denuncia el Lyceum Club por ser «centro de esparcimiento» y afirma que: «No aprobamos ninguna fundación que tienda a separar a la mujer del hombre».⁶³ La revista oscila entre una feroz defensa de la familia y del marianismo, y un feminismo que defiende sobre todo a la mujer soltera. Al mismo tiempo recoge las virulentas opiniones sobre la mujer del ilustre misógino Edmundo

61. Concepción Gimeno de Flaquer, «El problema feminista», conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid en 1903, 7.

62. Mercedes Roig Castellanos, *La mujer y la prensa: Desde el siglo XVII a nuestros días*, 79-80. 63. *La Voz de la Mujer*, 19 de enero y 5 de marzo de 1927.

González Blanco, que trataremos más adelante, o juicios como los de la famosa novelista «feminista» Concha Espina, quien muestra su extremada gratitud al general Primo de Rivera por su campaña en favor de la mujer española.⁶⁴

Esta peculiar mezcla de posturas nos da una buena idea de la confusión reinante entre mujeres y hombres conservadores ante el tema del feminismo. *La Voz de la Mujer* recoge el «feminismo» más habitual en la España de entonces, el feminismo que defendía a la mujer aún convencida del supremo poder del hombre en España, que se aferraba al patriarcado con todos sus prejuicios contra el sexo femenino. Buscaban vindicar a la mujer por sus virtudes «innatas», esperando conseguir así algunos adelantos básicos, pero nunca con una visión sobre su opresiva situación que denunciaban escritoras como Burgos, Nelken y María Lejárraga.

MISOGINIA ANTE LA MUJER MODERNA

El esfuerzo del patriarcado por mantener a la mujer en la esfera privada había empezado a fines del XIX, como hemos visto, y se intensificó a principios del siglo XX a causa de la presencia de mujeres en los sectores públicos con cierto poder, sobre todo en Estados Unidos y Gran Bretaña, los estados más avanzados en la cuestión femenina. Que las emancipadoras abogaran por una independencia que a veces no incluía ni marido ni hijos y que su nivel de educación les permitiera retar al patriarcado causaban alarma y corroboraban los indicios que denunciaban un complot de mujeres aberrantes que estaban invadiendo el mundo racional y ordenado. Ya en 1900, por ejemplo, el *New York Medical Journal* afirmaba que las mujeres universitarias y aquellas con algún cargo político estaban «poseídas de ideas masculinas de independencia», eran «antisociales», unas «pervertidas sexuales» y, consecuentemente, unas «degeneradas».⁶⁵

Pero con la Primera Guerra Mundial, se intensificó la campaña misógina en Europa porque había cambiado radicalmente la situación de la mujer. Una apreciable proporción de la población femenina reemplazó a los hom-

64. *La Voz de la Mujer*, 15 de septiembre de 1928. A pesar de su supuesto feminismo, Concha Espina no entra en este estudio como moderna por su conformidad y apoyo al reaccionario y misógino militarismo de Primo de Rivera y, luego, de Francisco Franco.

65. Sheila Rowbotham, *A Century of Women: The History of Women in Britain and the United States*, 61. La traducción es mía.

bres en las fábricas y en otros oficios durante la contienda, y así empezaron a gozar de unas libertades hasta entonces sin precedentes, como ya se dijo. Al terminar la guerra, los gobiernos de los países bélicos deseaban restaurar el orden, y eso implicaba el regreso de la mujer a su papel «natural» de ama de casa. Significaba que la mujer tenía que volver a ser muy «femenina», su-peditada a los dictámenes del patriarcado, en especial, a causa de la necesidad de repoblar el continente. Pero había otro motivo solapado como bien señalan las críticas Sandra Gilbert y Susan Gubar en *No Man's Land* sobre «la guerra de los sexos», y que quedó reflejado en la literatura de lengua inglesa. Nos referimos a la derrota humana causada por la guerra: los espíritus y cuerpos aplastados de los combatientes les convirtieron, según Gilbert y Gubar, en seres débiles, inseguros, *emasculinizados*, en contraste con las mujeres liberadas que quedaron en la retaguardia.⁶⁶

No ayudaba tampoco que la mujer hubiera cambiado su aspecto en la posguerra. La moda, el deporte, el cine norteamericano y la propaganda consumista ponían en peligro la «feminidad» de la mujer. La ropa moderna desenfanzaba las curvas naturales que revelaban la única misión de la mujer en la vida: la maternidad. Se temía que si estos seres andróginos—sólo una de las muchas etiquetas que les ponían a las modernas—podían competir con los hombres y reemplazarlos en el trabajo, ¿no sería posible que también les quitaran el poder supremo algún día?

Hay estudios que demuestran que desde el siglo XIX los hombres «trasladaron al plano sexual el debate que se había planteado acerca del poder político y social de la “mujer nueva”. Al comienzo, se le acusó de perversa uterina, y luego, especialmente a partir de los trabajos del psiquiatra alemán Krafft-Ebing, se la simló a una lesbiana viril, a una mujer-hombre peligrosa y desvergonzada».⁶⁷ La lista de las denuncias sigue *ad infinitum* hasta llegar a su cenit después de la gran guerra cuando el temor se hace realidad; muchas mujeres habían vivido gobernadas por sí mismas y en puestos de trabajo pertenecientes anteriormente a los hombres. Pero en los últimos años se ha escrito ampliamente sobre esta cuestión, y aquí no voy a entrar en los muchos aspectos del papel de la mujer europea y estadounidense entre 1914 y 1918. Baste con remitir al volumen quinto de la *Historia de la mujeres en Oc-*

66. Sandra M. Gilbert y Susan Gubar, *No Man's Land: The Place of the Woman Writer in the Twentieth Century*, II, 258-323.

67. Françoise Thébaud, «La Primera Guerra Mundial: ¿La era de la mujer o el triunfo de la diferencia sexual?» en *Historia de las mujeres en Occidente*. 5: *El siglo XX*, 42-43.

cidente antes citado, y al estudio de Margaret R. Higgonet, *Between the Lines: Gender and the Two World Wars*.

En España, la pluma misógina había acelerado su tarea de desacreditar a la mujer moderna como antinatural y enemiga de la familia tradicional también al final de la guerra. Ángela Bordonada, al hablar de los prejuicios contra la escritora de principios de siglo, los remonta a la Generación del 98: «La mujer—en este caso la escritora—del primer tercio del siglo XX ha debido enfrentarse a una sociedad influida por un doble misoginismo. Por una parte, el heredado de la tradición, en tres culturas: la oriental, la romana y la judeo-cristiana. Por otra, el incubado en la filosofía de ilustres figuras que ejercieron una influencia decisiva sobre los intelectuales españoles del primer tercio de nuestra centuria: Schopenhauer (1788-1860), Kierkegaard (1813-1855) y Nietzsche (1844-1900). Particularmente, la influencia de este último es notable en los escritores de la llamada Generación del 98».⁶⁸

No sorprende, como veremos, que la campaña misógina palpable ya al comenzar el siglo se contagiara a España. Como explica Rosa María Capel Martínez acerca de este fenómeno: «Es evidente que [...] el nuevo modelo femenino chocaba frontalmente con lo hasta entonces establecido y su realización llevaba implícitos no pocos peligros para la estructura sociofamiliar vigente. Por ello, al igual que ocurriese en otros países, a la hora de llevarlo a la práctica se trató de encontrar una fórmula intermedia que sintetizase algo de lo “viejo” con algo de lo “nuevo”, a fin de que la evolución se produjese a un ritmo adecuado. Psicología y sociología se dan la mano para hacer triunfar la idea de que sin ser inferior la mujer al hombre, sí que es diferente en su aspecto físico, en sus aptitudes, en sus capacidades».⁶⁹ La ciencia buscaba triunfar con sus «verdades» incontestables y deterministas sobre la mujer, pero en realidad lo que consiguió fue retardar la emancipación de la mujer.

Lo que más legitimó el debate ante las aberraciones físicas, sexuales y psicológicas de la mujer nueva/moderna eran los escritos de los misóginos «informados»: médicos, sociólogos, investigadores, científicos y pedagogos.

68. Ángela Ena Bordonada, *Novelas breves de escritoras españolas (1900-1936)*, 11-12.

69. Rosa María Capel Martínez, «El modelo de mujer en España a comienzos del siglo XX» en *Actas de las VII Jornadas de Investigaciones Interdisciplinarias: Mujeres y hombres en la Formación del Pensamiento Occidental*, II, 317. Véase también sobre este tema Geraldine Scanlon, *La polémica feminista en la España contemporánea*, 161-194. Sobre los antecedentes misóginos en la literatura moral del siglo XVII, véase Pilar Tenorio Gómez, *Las madrileñas del mil seiscientos: Imagen y realidad*, 20-28. También es de interés el estudio de la frenología de la época isabelina en Aurora Riviere Gómez, *La educación de la mujer en el Madrid de Isabel II*, 39-56.

«Los informados» contaminaron a los misóginos que podríamos denominar «históricos»—literatos, filósofos, periodistas y políticos—cuyos comentarios de mal gusto traslucían sólo rabia y mal genio. Si un científico «comprobaba» a través de la manipulación de la información que el cerebro de la mujer estaba menos desarrollado que el del hombre o que la mujer no tenía la suficiente imaginación para escribir bien, el literato comentaba en términos más vulgares el poco agraciado físico de sus coetáneas, su poca elegancia femenina y su torpe escritura.⁷⁰

En España el debate ante la necesidad de educar a la mujer para que pudiera dar una instrucción mínima a sus hijos o a los hijos de otros (en el caso de las maestras) había empezado con la revolución del 68, como ya se ha notado. De modo que la mujer no se convirtió en una genuina amenaza para el patriarcado hasta el siglo xx, cuando llegó a ser más visible en el sector público. Realmente la naciente revolución industrial apenas empezaba a emplear a las mujeres españolas y, como hemos visto, éstas no hicieron su aparición en el sector público hasta la primera década del siglo. Fue entonces cuando se originó un acérrimo debate sobre sus talentos o más bien sobre la falta de ellos para sobrevivir en el mundo de los hombres. Aunque querían utilizar los viejos argumentos—el «ángel del hogar» como prototipo de mujer ideal—, éstos ya eran poco relevantes para las mujeres burguesas que disponían de recursos para emplear personas a su servicio y no tenían necesidad de quedarse en casa.⁷¹

Este fenómeno de la mujer moderna era sumamente preocupante. Como dicen Gilbert y Gubar, todo representaba un ataque al «complot de la familia» (*family plot*). Y describen este complot como «la familia nuclear dominada por un padre extremadamente egoísta y sostenida por una madre maternal»; su propósito era servir como «un mecanismo socializante que se reproducía en las vidas de chicos y chicas que aprendían sus respectivos papeles en el estudio del padre y en el salón o cocina de la madre».⁷²

70. Uno de los comentarios más irónicos es el de Cansinos-Assens para quien la «labor literaria femenina» era deficiente comparada con la obra de Gregorio Martínez Sierra. Cansinos-Assens, *La Nueva Literatura*, II, 226-227.

71. Entre la alta burguesía y la aristocracia el concepto del «ángel del hogar» no tenía relevancia en general. Los criados criaban a los hijos y, cuando tenían la edad adecuada, los padres los mandaban internos a escuelas; el hogar no les concernía a las mujeres de cierto estatus social más que como lugar para celebrar fiestas y entretener a los amigos.

72. Sandra M. Gilbert y Susan Gubar, *op. cit.*, III, XV. La traducción es mía.

Durante este «siglo de los marimachos»,⁷³ el *encoding* de la mujer moderna que se desarrolló y que tenía sus raíces en el siglo xix—como la Eva tentadora o *la belle dame sans merci* becqueriana—implicaba unas tácticas terroristas. Esta «mujer-chico» podía causar no sólo su propia esterilidad sino además la homosexualidad en los hombres. Si no se casaba, era aberrante; si se casaba y tenía hijos, iba a ser mala madre. Si hacía deportes, podía convertirse en lesbiana o bisexual. Si era una mujer «normal», estaba obligada a ser «asexual»: las mujeres que gozaban en el acto sexual tenían un orgasmo aberrante, o sea, viril, el único tipo de orgasmo. Pero tampoco tenía ventajas el ser «normal» porque se consideraba que la condición biológica de la mujer era la de estar enferma físicamente (la menstruación) y psicológicamente (la histeria).

Al igual que en el resto de países, en España los hombres y las mujeres no reconocieron en aquel entonces que los papeles de género sexual habían sido creados por el patriarcado.⁷⁴ Los estereotipos y prejuicios sobre la debilidad e inferioridad de la mujer fueron fomentados por hombres y apoyados por las mujeres. España, un país que no había participado en la contienda bélica, no tenía los mismos problemas económicos y sociales de los países que sí lo habían hecho. Pero al observar el nacimiento de la mujer moderna en otros países y su ingreso en las filas del trabajo, en España se hizo una campaña parecida a la del resto de Europa. Si la necesidad de restaurar a la mujer a su lugar apropiado—ser el objeto primordial de la casa—se agudizó con la Primera Guerra Mundial en los otros países cuando la «masculinización» del mundo femenino llegó a su apoteosis, se encuentran fácilmente razones por las que el patriarcado español también estaba en «peligro».

En su excelente tesis doctoral sobre el debate del género sexual en el primer tercio de siglo en España, Teresa Bordons consigue presentar un coherente análisis de la apropiación del patriarcado del discurso sobre la mujer para convertirlo en un discurso, en gran parte, político. Según Bordons, la «preocupación por España» que se manifestaba en los escritores de la Generación del 98 formó parte de lo que era una creciente preocupación por la identidad sexual. O lo que es lo mismo, si España había perdido sus últimas colonias, también había perdido su virilidad, como ya dijimos. Con el desastre de las guerras de Marruecos y el sangramiento de soldados españoles,

73. Denominado así por Pascual Santacruz en *La España Moderna* en 1907. Citado por Teresa Bordons, *Género sexual, literatura e historia: España de finales de siglo a la II República*, 87-88.

74. Véase Joan W. Scott, *Gender and the Politics of History*.

podríamos suponer, dicho sea de paso, que no mejoró esta crisis masculina. Bordons explica el fenómeno de la «ideología de la domesticidad como papel político»⁷⁵ en que la mujer, por sus cualidades pacifistas, podía seguir siendo o volver a ser «el ángel del hogar» patriótico. Dice Bordons: «La “masculinización” de las mujeres que siguen conductas inapropiadas para su sexo redundan en el “afeminamiento” del sexo masculino al debilitarse las fronteras que delimitan las definiciones sexuales y esta debilidad se traduce en términos políticos como vulnerabilidad frente a las naciones extranjeras».⁷⁶

Si bien la repercusión de la guerra sobre la mujer española durante la contienda fue mínima, como se puede observar, hubo quien achacó las audacias femeninas a la misma guerra. Por ejemplo, en un artículo de Josefina Carabias (1908-1980) sobre las mujeres universitarias, afirmaba la ilustre periodista: «Durante el curso de 1900 a 1901 estudiaban en la Universidad de Madrid solamente dos mujeres. [...] Pero pasa el tiempo y el afán de la mujer española por el estudio crece, aunque muy despacio [...] hasta el año 1918, en que por primera vez se reúnen cien muchachas estudiantes. La gente comentaba: La Guerra ha sacado de quicio a las mujeres. Lo mismo está pasando en todas partes. [...] Pero pronto se convencerán de que su sitio está en la cocina».⁷⁷

Bordons señala que el debate antifeminista empieza con la publicación de *La inferioridad mental de la mujer*,⁷⁸ del neuropatólogo de Leipzig, Paul Julius Moebius. Le siguieron otros expertos que consolidaron las interpretaciones negativas de la mujer moderna, pero esta polémica se hizo mucho más acuciante en los años veinte en España. Según Bordons, es con Gregorio Marañón, Roberto Novoa Santos y José Gómez Ocaña—todos médicos e investigadores de prestigio—cuando el debate antifeminista llega a afirmarse de modo más convincente. Gómez Ocaña explica las aberraciones biológicas del sexo femenino en su libro *El sexo, el hominismo y la natalidad* (1919); pero sobre todo informa de las características de la androginia, tales

como las mujeres barbudas y los hombres de voz afeminada. En la segunda parte del libro titulada «El hominismo», muestra su gran preocupación por la mujer que compite con el hombre.⁷⁹ Aunque este ilustre médico—nombrado presidente del Congreso Nacional de Medicina en 1919—explique claramente que los hombres y mujeres son iguales intelectual y orgánicamente, cree que la responsabilidad de la maternidad, los hijos y el hogar siempre estará con la mujer, aunque ésta tenga una carrera.

Es importante saber que Gómez Ocaña era un tenaz promotor de «la eugénica y la maternología como ejes del desarrollo de la medicina».⁸⁰ Resulta lógico pues que el famoso médico arguyera a favor del ángel del hogar, conocida su defensa del papel biológico de la mujer. En el libro explica que la mujer moderna era producto de los años de guerra e implora que vuelva a su estado normal: «¡Bendita sea la mujer madre o ejerciendo de cualquier modo la función social del matriarcado! [...] no elevemos a regla general lo que son graciosas excepciones de la Naturaleza, y pretendamos sacar las mujeres de sus hogares para hacerlas nuestras compañeras de profesión o nuestros camaradas de diversiones».⁸¹ El doctor Ocaña no aclara lo de las «diversiones», así que deja una intrigante sugerencia sobre las supuestas actividades extracurriculares de las modernas.

Otro prestigioso investigador, Gregorio Marañón—muy admirado entre los literatos por sus teorías sobre el Don Juan Tenorio y otros personajes literarios—creía que en los países que habían participado en el conflicto bélico se dio «un súbito y enérgico impulso al movimiento feminista», pero que en los neutrales, éste se había rechazado. Dice: «El feminismo en nuestro país es todavía algo inorgánico, amorfo, embrionario. Ni existe una acción feminista con médula y nervios templados, ni la masa de los españoles está preparada para recibir la reforma». Pero se contradice al descubrir su temor de que «las aspiraciones de nuestras feministas alcancen estado legal de un modo prematuro».⁸² Marañón que, como otros muchos, denomina la cuestión sobre la mujer «el problema feminista», muestra su profunda preo-

75. Teresa Bordons, *op. cit.*, 218. 76. *Ibid.*, 91.

77. Josefina Carabias, «Las mil estudiantes de la Universidad de Madrid: Entrevista con María de Maeztu», *Estampa* (24 junio 1933), reproducido en *Crónicas de la república*, 122-130.

78. Teresa Bordons, *op. cit.*, 93-94. El libro fue publicado en España en 1903. Una nota interesante es que fue traducido y prologado por Carmen de Burgos. Sobre esta cuestión, véase Michael Ugarte, «Carmen de Burgos (“Colombine”): Feminist Avant la Lettre» en Kathleen M. Glenn y Mercedes Mazquiarán, eds., *Spanish Women Writers and the Essay: Gender, Politics and the Self*, 66-68.

79. El hominismo en aquel entonces se refería a ciertos tipos de aberraciones sexuales, pero el autor emplea el término para hablar de las mujeres capacitadas para los trabajos habitualmente desempeñados por hombres. Una vez más la mujer que destaca en el sector público arrastra sospechas de sexualidad perversa. Cf. José Gómez Ocaña, *El sexo, el hominismo y la natalidad*.

80. Mary Nash, «Maternidad, maternología y reforma eugénica en España 1900-1939», en *Historia de la mujer en Occidente*, V, 632. 81. José Gómez Ocaña, *op. cit.*, 92.

82. Gregorio Marañón, *Biología y feminismo*, 6.

cupación por el avance de las mujeres en *Biología y feminismo*, publicado en 1920. Desarrolla una metódica teoría que «comprueba» que, debido a la diferencia glandular entre hombres y mujeres, éstas no pueden ni deben intentar incorporarse al mundo del hombre porque «la elaboración mental de cada hombre y de cada mujer están directamente influenciadas por sus respectivas glándulas sexuales». ⁸³ Según Marañón, la glándula genital del hombre se distingue por ser «musculosa y fuerte». Su metabolismo es distinto al de la mujer. Todo en la mujer—congelada en el tiempo de los Picapiedras—apunta hacia la maternidad: «Nuestra mujer, como la paleolítica, está hecha para ser madre, y debe serlo por encima de todo». ⁸⁴

El doctor Marañón demuestra además que el éxito del hombre depende de la atracción de la mujer (aquí utiliza un ejemplo algo más contemporáneo, citando a Jimena al contemplar a su muy exitoso marido, el Cid Campeador). ⁸⁵ En cambio, el éxito de la mujer—con la excepción de las que se dedican al espectáculo—sólo puede ocasionarle desgracias, pues no sólo apaga el amor en el hombre, sino que también puede provocarle algún tipo de aberración sexual. Las mujeres pueden trabajar como maestras o enfermeras si se ven obligadas a ello, según nuestro médico, pero no deben nunca entrar en las profesiones políticas o jurídicas. Citando la notable excepción de Concepción Arenal, Marañón afirma: «Tenemos que reconocer que al talento femenino, en general, aunque alcance límites avanzados de claridad y penetración, le falta originalidad». ⁸⁶

Marañón también nos asegura que la mujer española nunca podría llegar a ser como la escandinava, que es independiente y tiene cargos de responsabilidad como los hombres. Para mostrarnos porque existe tal «abismo» entre ellas, utiliza otra anécdota literaria: «Yo he visto representar el drama de Ibsen [*Casa de muñecas*] en tres grandes capitales de España; y que en las tres, el público, del que formaba parte gran número de mujeres muy distinguidas y cultas, ha acogido con risas y protestas, o por lo menos con absoluta indiferencia, las escenas del último acto, en las que la protagonista, reflexivamente, sofoca a su corazón y a su sexo y levanta el vuelo del hogar». Marañón concluye su diatriba con convencimiento y alivio: «Esto no conmoverá jamás, a pesar de su belleza literaria, al corazón de nuestras mujeres». ⁸⁷ Para Marañón, el único poder que la mujer española tiene es glandular, porque puede dominar a los poderosos con sus atributos sexuales: «Pero no olvidemos que, por encima de todas las aspiraciones del feminis-

mo, quedará siempre en manos de la mujer el más legítimo de sus resortes de dominación, el encanto sexual, con el que no se gobierna el mundo, pero sí a los hombres que lo dirigen». ⁸⁸ Tan gran preocupación causan las feministas a Marañón que ha encontrado una tarea en que se las puede mantener ocupadas: «El feminismo legítimo debe propagar también frente a las campañas de otros feminismos reprobables, la necesidad de que la madre críe a sus hijos». ⁸⁹

Marañón fue famoso en su tiempo por sus investigaciones sobre la bisexualidad. Según él, «todo ser es en sus principios bisexuado», y por tanto «creemos en la necesidad de una diferenciación sexual progresiva, pero no sólo en el hombre, sino también en la mujer. Nadie puede sostener hoy día que la esencia de la masculinidad sea superior a la de la feminidad. Son simplemente distintas; y su excelencia depende, justamente, de su distinción, que debe llevarse hasta su máximo. El varón deberá sofocar [...] los restos que tiene de mujer y exaltar los elementos propiamente varoniles; pero, paralelamente, la mujer deberá sofocar cuanto tenga de varón y exaltar su feminidad». ⁹⁰ Cada uno de los «informados» tiene su modo de llegar a la misma conclusión: la sumisión es la calidad más importante que puede tener la mujer para mantener o volver a establecer el orden social.

Otro médico ilustre que practicaba el «terrorismo» antifeminista es Novoa Santos, quien recogió sus conferencias pronunciadas en el Instituto Hispanocubano de Cultura en 1928 sobre sus investigaciones científicas en Cuba en el libro *La mujer, nuestro sexto sentido y otros esbozos*. En él afirma que hay mujeres excepcionales por su inteligencia pero que representan «algo monstruoso, poseedor de caracteres sexuales secundarios de tipo masculino». Pero luego aclara que hay mujeres con «espíritu de macho»; una vez más basándose en sus conocimientos científicos legitima su argumento: «Trátase, en realidad, de tipos biopáticos de inversión sexual somática o espiritual». ⁹¹

Si bien coincide Novoa Santos con Gómez Ocaña en que hay algo «monstruoso» en la mujer excepcional, también está de acuerdo con Marañón en sus explicaciones glandulares. Los tres politizan sus tratados, responsabilizando a la mujer por su comportamiento: si va a ser buena patriota, debe seguir las normas milenarias del patriarcado. Todos ellos, como dice Bordons, hacen pensar que «aquellas mujeres que se resistan a asumir

83. *Ibid.*, 10. 84. *Ibid.*, 14. 85. *Ibid.*, 16. 86. *Ibid.*, 18. 87. *Ibid.*, 43-44.

88. *Ibid.*, 46. 89. *Ibid.*, 26-27.

90. Gregorio Marañón, *La educación sexual y la diferenciación sexual*, 9 y 14.

91. Roberto Novoa Santos, *La mujer, nuestro sexto sentido y otros esbozos*, 15-16.

su papel "femenino"—lo que supone una interferencia en el desarrollo de la masculinidad—están actuando en contra del progreso de su propia nación. El discurso de género sexual es pues un discurso político y, más concretamente, un discurso de clase».⁹²

Otros hombres de ciencias también opinaron sobre la confusión de género sexual en la época posbélica, como el doctor Vital Aza Díaz. Aza considera la indumentaria de ambos sexos como transexual ya que la mujer se corta el pelo, fuma y convierte su cuerpo en «asexual», mientras que los hombres «se adornan con galas casi femeninas».⁹³ El neurólogo Santiago Ramón y Cajal, Premio Nobel en 1906, también contribuyó al «problema» feminista con opiniones recogidas por Margarita Nelken en el libro *La mujer*: «La ilustre escritora doña Margarita Nelken se ha impuesto la ingrata tarea de escoger en mis libros frívolos, escritos con indolencia y desaliño, algunos pensamientos sobre la mujer y el amor».⁹⁴ Su antifeminismo se trasluce en comentarios como el siguiente: «La mujer es la píldora amarga que la naturaleza y el arte se han complacido en dorar para que el hombre la trague más fácilmente».⁹⁵ Y añade: «Pese a los campeones del masculinismo—decir feminismo parece impropiedad—, la mujer es toda femenina desde la punta del cabello hasta la planta de los pies. Y en ella lo más deliciosamente femenino es el cerebro, que representa, ante todo, órgano soberano de atracción y de reproducción; al revés el hombre, cuya sesera constituye vulgar herramienta de trabajo».⁹⁶ Ramón y Cajal, a pesar de ser un científico iluminado, revela su condescendencia ante la mujer; tiene la misma necesidad de mostrar las diferencias biológicas entre hombres y mujeres para seguir fortaleciendo el poder del patriarcado al igual que sus coetáneos los científicos Marañón, Novoa Santos y Gómez Ocaña.

Como señala Bordons, todo este discurso científico antifeminista se desarrolla paralelamente al de los literatos y expertos en ciencias sociales, especialmente en el campo de la sociología. Quizá el misógino más prolífico fuera el ya mencionado Edmundo González Blanco, autor de numerosos artículos periodísticos y algunos libros sobre la mujer. Considerado en su época un gran erudito, también escribió sobre temas filosóficos, científicos, políticos e históricos. Su virulento antifeminismo se manifiesta en muchas de

92. Teresa Bordons, *op. cit.*, 242. Bordons afirma que es un discurso de clase porque los médicos aquí citados están hablando de las mujeres burguesas, no de las otras que ni siquiera podían soñar con el acceso a los estudios.

93. Vital Aza Díaz, *Feminismo y sexo*, 29. 94. Santiago Ramón y Cajal, *La mujer*, 11.

95. *Ibid.*, 95. 96. *Ibid.*, 129.

sus obras, pero en su libro *La mujer según los diferentes aspectos de su espiritualidad*, descubre su misoginia «terrorista» de modo nítido. En él explica que el feminismo es absurdo dado la inferioridad biológica, espiritual y psicológica de la mujer. Las mujeres que son excepcionales son hombres, sin ir más lejos. Afirma tajante: «Dánse errores en la naturaleza, y algunas veces los sexos están mal distribuidos».⁹⁷ González Blanco se apoya en las ideas de Ortega y Gasset y de Novoa Santos, y también se cita a sí mismo para confirmar aún más sus teorías. Apoyándose en la frenología (¡en 1930!), demuestra que «la capacidad craneal de la mujer, SEA CUALQUIERA LA RAZA A QUE PERTENEZCA, es inferior a la del hombre [...] se aproxima más que la del hombre a la de los antropoides».⁹⁸ Y si hay excepciones y una mujer sale inteligente, ésta será infecunda, le faltará vigor y perderá su belleza. Lo peor que le puede pasar a la mujer es que se libere, pues la liberación le conducirá al vicio.⁹⁹ Muestra una especial manía: el odio a las escritoras que «son, como las santas, las personas a quienes hay que temer todavía en este mundo».¹⁰⁰ Aunque curiosamente salva a la feminista Carmen de Burgos, su odio a las escritoras se debe a que: «Hoy [...] la producción de novelas, por lo menos en determinados países, es casi exclusivamente trabajo femenino».¹⁰¹ O dicho de otro modo, su vehemente reacción procede simplemente del temor a que las mujeres sofoquen la producción novelística de los hombres. Por otra parte, también teme la destrucción del «complot de familia» causado por el movimiento feminista.

La transparencia de los argumentos de González Blanco son lamentablemente risibles, ya que todo apunta al deseo de mantener al patriarcado intacto y de atemorizar a la mujer—aquí encontramos el terrorismo más acérrimo: a cada paso que da la mujer ésta corre el peligro de convertirse en hombre—que pretende transgredir las leyes sociales establecidas. El temor del autor llega a límites absurdos cuando, por ejemplo, habla de las fumadoras: «Cuanto más fuma una mujer, más afiladas se le ponen la nariz, las mejillas y la barbilla, fuera de que la piel de la cara se vuelve cada vez más tirante. La boca pierde su color natural y empalidece, sus comisuras se marcan con arrugas [...]. El rostro de la mujer fumadora va adquiriendo características hombrunas, y el parecido aumenta cuando empiezan a crecerle pelos en la cara. [...] Las pestañas pierden su agilidad, y se alzan y bajan mucho más lentamente. Ciertas fumadoras muestran viva inclinación a clavar los ojos en

97. Edmundo González Blanco, *La mujer según los diferentes aspectos de su espiritualidad*, 275. 98. *Ibid.*, 280-281. 99. *Ibid.*, 298-299. 100. *Ibid.*, 317. 101. *Ibid.*, 319.

las gentes, y otras se tornan bizcas». ¹⁰² No creo necesario seguir citando a nuestro desafortunado misógino, cuyo miedo al progreso de la mujer le hace divagar incesantemente. Pero resulta interesante especular sobre estos intelectuales y la repercusión de su veneno en la vida de la mujer intelectual; desgraciadamente con pocas y señaladas excepciones, no disponemos de documentación sobre el rechazo de la misoginia por parte de las mujeres. Tampoco hemos hallado ejemplos de misandria, de odio de la mujer al hombre, comparables con los de la misoginia.

Al indagar en la vida de Edmundo González Blanco, nos hemos encontrado con toda una tradición misógina en la familia González Blanco, oriunda de Asturias. De familia humilde y numerosa, Edmundo tuvo dos hermanos que al igual que él habían emigrado a Madrid y también manifestaban en sus obras su aversión a la mujer. Uno de ellos, Pedro, escribió novelas picaresco-pornográficas bajo el seudónimo de Ana Díaz, para evidentemente evitar el escándalo. Pedro fue una especie de aventurero oportunista. Como figura de segunda o tercera fila de la Generación del 98, colaboraba en revistas y escribía en los periódicos. También era traductor. Formó parte del grupo de la revista *Helios*, junto a Juan Ramón Jiménez, María y Gregorio Martínez Sierra, y Ramón Pérez de Ayala. María—que sentía gran afecto por González Blanco—lo describe en su autobiografía *Gregorio y yo* como su «amigo fantástico»: «En amistad, ya lo he dicho, era “fantástico”. Tan pronto venía a buscarnos tres veces al día como desaparecía quince enteras. No sabíamos si estaba enredado en desaforada juerga o enterrado en una biblioteca royendo textos viejos. Volvía del destierro con toda naturalidad y sin dar explicación ninguna. A veces, las ausencias eran más largas. En diez años—de 1900 a 1911—vino tres veces a América. Siempre “emigraba” inesperadamente [...]. Pocas veces se habrá dado hombre más hablador y más secreto. [...] Su comunicación jamás es confidencia». ¹⁰³ El siempre mal pensado Cansinos-Assens sugiere que Pedro era proxeneta y ladrón, y que Ana Díaz, la supuesta escritora, era «una *cocotte* internacional, con la que se hospeda en el [Hotel] Palace y la que, según dicen, utiliza de gancho para armar encerronas a los viejos verdes y ricos». ¹⁰⁴ No se puede determinar la veracidad de los supuestos vicios de Pedro. Pero no nos extraña la reserva del multifacético novelista respecto a su discreta amiga María, que siempre estuvo por encima de escándalos y maldades, como luego veremos.

102. *Ibíd.*, 372. 103. María Martínez Sierra, *Gregorio y yo*, 175.

104. Rafael Cansinos-Assens, *La novela de un literato*. 2. (1914-1923), 320.

Pedro pasó a Cuba como periodista, luego a América Central; acompañó al escritor Santos Chocano en sus campañas políticas y terminó en México como secretario de Pancho Villa. A su regreso a España escribió varias novelas, entre ellas la curiosa *Guía de cortesanas en Madrid y provincias* (1921). Resulta comprensible por qué muchas mujeres del XIX y principios del XX habían decidido tomar un nombre masculino para publicar sus obras, pero el caso de Pedro González Blanco es sumamente original. Escrita en primera persona y con la intención de demostrar la «autenticidad» de la autora, «Ana Díaz» dedica el libro al pintor Julio Romero de Torres que «inmovilizó en el lienzo los últimos resplandores de mi juventud, antes de que se marchitara». *La guía de cortesanas* describe la vida de una mujer tan erudita como vulgar, cínica en sus negocios como prostituta y pragmática ante las dificultades de «la vida». Como toda novela picaresca, el autor utiliza el libro para criticar muchos aspectos de la sociedad española como la política, el contrato matrimonial, la mala literatura y la hipocresía en general.

Pero implícita en *La guía de cortesanas* de esta mujer endurecida y andariega está, me parece, la autobiografía de un hombre que ha viajado y ha visto mundo, que conoce bien la vida «galante», es decir, el mundo de la prostitución madrileña, y que reconoce que no es el gran literato que hubiera querido ser. Ana Díaz-Pedro González Blanco recoge las peores cualidades de la mujer y nos deja con un mal sabor en la boca; estamos ante una furcia inteligente y calculadora. Profesa que «vivir del coño» es el negocio de muchas mujeres madrileñas y que para practicar este arte, hay que ser muy dura.

Armado con la misma tirría que tenía su hermano Edmundo a las escritoras, es evidente que uno de los blancos más insistentes en *La guía de cortesanas* es la literatura femenina, sobre todo la obra de Carmen de Burgos, que Ana Díaz profesa detestar. Ya en una obra anterior de «Ana Díaz», *La entretenida indiscreta* (?1916?), una crítica explícita a la literatura femenina, su intención misógina era todavía más evidente. La obra, cuya protagonista es una andaluza abandonada por su madre en un asilo de Sevilla que va a Madrid para convertirse en prostituta, se inicia con una Ana Díaz convertida en personaje que se jacta de ser buena escritora: «Compárenme, digo, con la Colombine, y advertirán que vengo siendo a su lado aquella perla que, desatada en vino o en agua, se bebió Cleopatra a la salud de Antonio. Donde tanto escritor publica sin punta de sindéresis, ni pizca de entendimiento, ni asomo de meollo, que más que de personas leídas dan cara de pantomimos y charlatanes, bien puedo permitirme yo echar mi cuarto a espadas, que dentro del gremio plumífero-femíneo, exceptuando a la susomentada Condesa

[Pardo Bazán], para calificarme a mí se necesitan apodos con cinco dedos de tacón». ¹⁰⁵

Es muy posible que estas referencias a Carmen de Burgos revelen una intención aún más concreta y cruel que la de criticar la literatura femenina en general. Como hemos visto, Colombine era muy conocida como escritora, y solía escribir lo que en inglés se conoce habitualmente como *self-help books* (libros de autoayuda) para la mujer. También hemos comentado que había muchos chismes sobre sus amores, sobre todo con Ramón; y sabemos que viajaba mucho, en parte, para escapar del chismorreó madrileño. Quizá la burla cruel y cínica que hace «Ana Díaz» de la vida de la cortesana esté dirigida exclusivamente a la feminista Colombine, aunque parezca una suprema mezquindad dedicar unas novelas enteras a reírse de un contemporáneo. Pero esto también puede explicarse por el hecho de que Pedro González Blanco sintiera la necesidad de esconderse detrás de un seudónimo femenino; ¿no se atrevía a firmar sus novelas por el cariz lascivo de éstas o porque temía ser criticado por su mordaz y devastador mal gusto?

La entretenida indiscreta causó, parece ser, un escándalo en el mundo literario madrileño. José Alfonso escribe en el diario *ABC* en 1962 la siguiente nota: «Yo recuerdo [...] el barullo que armó en mis años mozos la aparición de un libro titulado *La entretenida indiscreta*, que firmaba Anita Díaz. En la portada venía un retrato de la autora. Los que, como yo, frecuentábamos entonces en Madrid lo que se llamaba la “vida galante”, y nos sabíamos [*sic*] al dedillo a todas las “entretendidas” de la Corte, no conocíamos a tal Anita ni por el nombre ni por la foto, que es lo mismo que decir que “ni por el forro”. A la postre resultó que la cortesana de marras era Pedro González Blanco». ¹⁰⁶

El más popular de los tres hermanos en el mundo literario matritense, Andrés, gozó de bastante éxito—sobre todo como personaje del mundo literario—durante su breve vida (1888-1924). Fue secretario de la Sección Literaria del Ateneo. Era muy amigo de Ramón Gómez de la Serna—que lo llamaba «Andresín con su bastoncín»—y frecuentaba el Pombo y también Los Miércoles de Colombine. ¹⁰⁷ También tuvo su propia tertulia en la Cer-

105. Ana Díaz, *La entretenida indiscreta*, 151-152.

106. Citado en José M. Martínez Cachero, *Andrés González Blanco: Una vida para la literatura*, 17.

107. Resulta curioso el respeto por Colombine que parecían profesar Edmundo y Andrés, y el odio que le tenía Pedro.

vecería Inglesa de la Carrera de San Jerónimo. De los tres hermanos es el más mencionado en las memorias de aquella época como joven simpático y vivaz, aunque hoy día ha caído completamente en el olvido junto a Pedro y Edmundo.

A través de sus novelas es perceptible la misoginia que manifiestan las obras de sus hermanos, aunque atenuada en Andrés. En su novela *Las frívolas y las perversas* (1920) en muchos momentos se lamenta el protagonista, un joven escritor ingenuo, del desengaño producido al conocer el verdadero talante de las mujeres; un buen ejemplo es el siguiente: «El pobre Mendóza, romántico loco como buen español, tenía forjado de la mujer ese concepto que nos dejó prendido la literatura caballeresca y que aún subsiste [...] en nuestra patria, que nos hace considerar a las mujeres como ángeles serafines envueltos en nubes de misterio y ornados con alas de inocencia, para que luego el golpe sea más brusco y saltemos del más férvido romanticismo a la misoginia más atormentada». ¹⁰⁸ Andrés es el más discreto en su desprecio de la mujer, quizá porque murió joven. Pero este trío de la misoginia nunca ha sido estudiado como parte del movimiento antifeminista en España, y merece ser incorporado en él para tener una visión más completa de la exagerada y temible reacción de los hombres intelectuales ante la mujer en el primer tercio del siglo.

Paradójicamente, el discurso misógino fue sostenido por la mayoría de los intelectuales liberales de aquellos años—uno de cuyos órganos centrales era la *Revista de Occidente*, dirigida por el padre de la estética vanguardista, José Ortega y Gasset. Entre los máximos defensores de la inferioridad intelectual de la mujer en la *Revista*, además de Ortega, estaban el ya citado Gregorio Marañón, el sociólogo y filósofo alemán Georg Simmel y el psiquiatra suizo Karl Jung. Como señala Magdalena Mora, la teoría adelantada por la revista en los años veinte revela «una deficiencia moral e intelectual de la mujer». ¹⁰⁹

En cuanto al pensamiento de Ortega, es evidente que éste nunca creyó en la capacidad intelectual de la mujer, aunque haría excepciones como en los casos de Rosa Chacel y María Zambrano, como ya veremos. Con su habitual prosa polémica, una y otra vez Ortega comprueba que el hombre es razón y equilibrio y que la mujer es un confuso ser guiado por los instintos más básicos. En su notable artículo sobre la poeta francesa Anna de Noailles,

108. Andrés González Blanco, *Las frívolas y las perversas*, 16.

109. Magdalena Mora, «La mujer y la *Revista de Occidente*: 1923-1936», 198.

se trasluce su opinión de la incapacidad de la mujer para ser escritora. Con este artículo aparecido en el primer número de la *Revista de Occidente* en 1923, Ortega y Gasset abre el debate sobre la mujer que continuaría en los años treinta con una magnífica y vehemente respuesta de Rosa Chacel, que comentaremos más adelante.

Ya en la década de los treinta, algunos teóricos recogerán en sus escritos los dramáticos cambios sociales en la vida de la mujer; además, es en esta época cuando la colaboración de mujeres como Maruja Mallo, Rosa Chacel y María Zambrano da prueba de la nueva voz intelectual de la mujer en Madrid. Como dice Mora, la *Revista de Occidente* en los años treinta «refleja oportuna y fielmente los cambios de actitudes y de mentalidad que vive la mujer e incluso la sociedad en esos años».¹¹⁰ Así pues, en la tercera década de este siglo la voz contestataria de las mujeres se enfrentará a las teorías adelantadas en la *Revista de Occidente* y en los múltiples artículos periodísticos y libros sobre el «problema» feminista. Las voces femeninas abandonarán el silencio mantenido sobre la supuesta inferioridad de la mujer y comprobarán a través de sus obras y sus actos que el complot contra la mujer hubiera estado condenado a desaparecer si no hubiera sido por los acontecimientos sucedidos entre 1936 y 1939.

110. *Ibíd.*, 209.